

Cuatro poemas

I

Dejé mi cadáver a orilla de la carretera y me vine llorándome. La ciudad es enorme como un enorme hospicio. Fría y acogedora, oscura e iluminada como la cárcel.

Vine buscando al amor. Pensé que el amor era el único refugio contra los bombardeos nocturnos. Y encontré que el amor no podía salvarse. El amor dura sólo un instante. Es corrompido por el tiempo, no soporta la ausencia, apesta con las horas, se somete a las glándulas, está a la intemperie.

Mi pequeño jardín estaba engusanado. Nada de lo que dejé encontré. Ni un pétalo, ni una brizna de aire.

¿Qué voy a hacer ahora? Tengo ganas de ponerme a llorar. Estoy llorando. Quiero reunir mis cosas, algún libro, una caja de fósforos, cigarros, un pantalón, tal vez una camisa. Quiero irme. No sé adónde ni para qué, pero quiero irme. Tengo miedo. No estoy a gusto.

¿Qué va a ser de mis hijos? Ojalá que crezcan indiferentes o ignorantes. Hay que aturdirse. Por eso es bueno el rocanrol, el tuist, el mozambique.

¿Habrá que vivir borracho de algo, como decía Baudelaire? Pero esta borrachera lúcida del tiempo y de la gente, ¿no es demasiado?

¡Te quiero! ¡Te quiero, cucaracha, María, Rosa, lepra, Isabel, cáncer, hepatitis, Gertrudis, manzana, mariposa, becerro, nogal, río, pradera, nube, llovizna, sol, escarabajo, caja de cartón, te quiero, flor pintada, plumero, amor mío! Te quiero. No puedo vivir sin nadie. Me voy.

II

Si pudieras escarbar en mi pecho y escarbar en mi alma y escarbar por debajo de las tumbas, no encontrarías nada. Es sólo el tiempo el que nos pone algo en las manos, una fruta, una piedra, algodones o vidrios.

Soy inmensamente esta hora. Me he puesto esta mirada en los ojos y estoy frente a las sombras. La vida sólo dice las palabras que le hemos enseñado, y el silencio es un cristal opaco, el misterio es un muro detrás del cual no hay nada.

¿Cuál es el esqueleto de mis días? ¿qué rastro, qué huella de mí queda?, ¿qué permanece, sino estos vanos humos de la memoria encerrados en este cuarto ciego? ¡Abrid las ventanas! ¡Que entre la luz y que entre el aire, el aire que es el más fiel testigo de la vida!

En vano quieres sacar agua del pozo. El ayer se ha secado, y sólo los rastros bostezan en su arrenal oscuro.

III

Canonicemos a las putas. Santoral del sábado: Bety, Lola, Margot, vírgenes perpetuas, reconstruidas, mártires provisionales llenas de gracia, manantiales de generosidad.

Das el placer, oh puta redentora del mundo, y nada pides a cambio sino unas monedas miserables. No exiges ser amada, respetada, atendida; ni imitas a las esposas con los lloriqueos, las reconvenciones y los celos. No obligas a nadie a la despedida ni a la reconciliación; no chupas la sangre ni el tiempo; eres limpia de culpa; recibes en tu seno a los pecadores, escuchas las palabras y los sueños, sonríes y besas. Eres paciente, experta, atribulada, sabia, sin rencor.

No engañas a nadie; eres honesta, íntegra, perfecta; anticipas tu precio, te enseñas; no discriminas a los viejos, a los criminales, a los tontos, a los de otro color; soportas las agresiones del orgullo, las asechanzas de los enfermos; alivias a los importantes, estimulas a los tímidos, complaces a los hartos, encuentras la fórmula de los desencantados. Eres la confidente del borracho, el refugio del perseguido, el lecho del que no tiene reposo.

Has educado tu boca y tus manos, tus músculos y tu piel, tus vísceras y tu alma. Sabes vestir y desvestirte, acostarte, moverte. Eres precisa en el ritmo, exacta en el gemido, dócil a las maneras del amor.

Eres la libertad y el equilibrio. No sujetas ni detienes a nadie; no sometes a los recuerdos ni a la espera. Eres pura presencia, fluidez, perpetuidad.

En el lugar en que oficias a la verdad y a la belleza de la vida, ya sea el burdel elegante, la casa discreta o el camastro de la pobreza, eres lo mismo que una lámpara y un vaso de agua y un pan.

Oh puta amiga, amante, amada, recodo de este día de siempre, te reconozco, te canonizo a un lado de los hipócritas y los perversos, te doy todo mi dinero, te coronó con hojas de yerba y me dispongo a aprender de ti todo el tiempo.

IV

Cantemos al dinero
 con el espíritu de la navidad cristiana.
 No hay nada más limpio que el dinero,
 ni más generoso, ni más fuerte.
 El dinero abre todas las puertas,
 es la llave de la vida jocunda,
 la vara del milagro,
 el instrumento de la resurrección.
 Te da lo necesario y lo innecesario,
 el pan y la alegría.
 Si tu mujer está enferma puedes curarla,
 si es una bestia puedes pagar para que la maten.
 El dinero te lava las manos
 de la injusticia y del crimen,
 te aparta del trabajo,
 te absuelve de vivir.
 Puedes ser como eres con el dinero en la bolsa,
 el dinero es la libertad.
 Si quieres una mujer y otra y otra, cómpralas,
 si quieres una isla, cómprala,
 si quieres una multitud, cómprala.
 (Es el verbo más limpio de la lengua: comprar.)
 Yo tengo dinero quiere decir me tengo.
 Soy mío y soy tuyo
 en este maravilloso mundo sin resistencias.
 Dar dinero es dar amor.

¡Aleluya, creyentes,
 uníos en la adoración del calumniado becerro de oro
 y que las hermosas ubres de su madre nos amamenten!